

Luis Suárez

Carlos V
El emperador que reinó
en España y América

Ariel

Primera edición en esta presentación: enero de 2020
Edición anterior: noviembre de 2015

© 2015 y 2020, Luis Suárez Fernández

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo

© 2015 y 2020, Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-3166-9
Depósito legal: B. 26.302-2019
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado
como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice general

Palabras previas	5
Capítulo I. Nebulosa niñez del gran emperador	
de Europa	11
El nacimiento	11
Las raíces de un drama	12
El peso de una herencia	13
La reforma religiosa	15
Voluntarismo y racionalismo	17
Erasmismo	18
Derechos que recaen en un niño	21
Primer compromiso matrimonial	23
El paso por las Cortes	26
Los acuerdos de Lyon	28
La fórmula decisoria de Isabel	31
Una carta firmada por Carlos	32
Brumas para un amanecer	34
Isabel decide en favor de Carlos	36
Capítulo II. Un difícil camino hacia el trono.	38
Las Cortes de Toro	38
Los tratados de Blois.	41
Aparece Germana de Foix	44
Villafáfila.	46
Muerte inesperada	49
Malinas: un prólogo	51
Noticias que llegaban de España	53

La Liga de Cambrai	55
El Testamento del rey.	56
Guillermo de Croy, señor de Chièvres	60
La muerte de Fernando	61
Capítulo III. Carlos I, rey de toda España	63
Preparación del viaje	63
Carlos llega a Tazones	64
El encuentro de Tordesillas	65
Las Cortes de Valladolid	68
El apoyo de Germana de Foix	70
La Corona de Aragón	72
Cómo vemos a Carlos	75
Camino de Santiago	77
Tensión en las Cortes	79
El luteranismo, difícil problema	82
Capítulo IV. Carlos V, Rey de Romanos.	87
Un alto en Inglaterra	87
La meta: Bruselas	88
Cumplimiento de un rito	89
La decisión de Worms	92
Adriano, papa	95
Retorno a España	96
Villalar y sus consecuencias	100
Las Germanías	102
1522. Hora de cambio	105
Capítulo V. Se dibuja un programa imperial.	107
Madurez política	107
Novedades en la forma de gobierno	110
<i>Versus</i> Selim II	112
Enfrentamiento con Francisco I	114
Segunda estancia en Inglaterra	116
Fin a la represión	118
Retorno a Tordesillas	119
Cortes de Valladolid	121

Capítulo VI. La primera guerra con Francia	124
Un cambio en el pontificado	124
La liberación de Fuenterrabía	126
Pavía, la gran victoria	128
Tratado de Madrid	130
Isabel, emperatriz	133
Un problema pendiente: los moriscos	136
Consolidación del luteranismo	139
Capítulo VII. La coronación imperial	141
La Liga de Cognac	141
Budapest: la gran derrota	143
Cortes de 1527	144
La escisión de Inglaterra	146
<i>Il Sacco di Roma</i>	148
Intento de justificación	149
El curso de la guerra	152
La Paz de las Damas	155
El viaje a Italia	156
El camino a Bolonia	158
La gran ceremonia	160
Capítulo VIII. Dieta de Augsburgo y sus consecuencias .	162
Maduración del luteranismo	162
De nuevo el papel de Erasmo	164
Las dos Ligas	166
Revueeltas sociales	166
Protestantismo	168
Un alto en Innsbruck	169
La Confesión de Augsburgo	171
La Casa de Austria asume su papel	175
Un signo de declive	176
Salvar Viena	178
El Compromiso de Núremberg	180
Dos muertes señaladas	181

Capítulo IX. La gloria de Túnez	184
Decidido el retorno a España	184
De nuevo Bolonia	185
Por Génova hacia Barcelona	187
Preparativos e inesperados problemas	190
Cortes de Madrid de 1534	192
Decisión	193
Al fin, Túnez	195
Capítulo X. Tercera guerra con Francia	197
Paulo III, la hora del cambio	197
El camino hacia la tercera guerra con Francia	199
La denuncia	201
La campaña de Provenza	203
Regreso a España	204
Cortes de Valladolid	206
Otra vez en Monzón	208
Aigues-Mortes	210
Un verano difícil.	212
Castelnuovo	214
La muerte de la emperatriz	215
Capítulo XI. Las decisiones sobre América	217
Una herencia recibida y no buscada.	217
La <i>descoberta do mundo</i>	219
Hernán Cortés	220
Las Casas.	222
El reino de Nueva Castilla.	225
El vasto Imperio carolino	228
El caso peculiar de Nueva Granada	229
La decisión jurídica	231
Capítulo XII. Signos de declive: entre Ratisbona y Argel	233
Cambio esencial en el pontificado	233
«Tiempo de discreción»	234
A Flandes, pasando por París	236
Desgaste de las negociaciones con los protestantes	237
Negociar con Francia	238

Los acuerdos de Ratisbona	239
Desastre de Argel	241
Un tiempo en España	243
Cortes de Valladolid de 1542	244
De nuevo la guerra con Francia	245
España se autogobierna	247
Bussetto	249
La Paz de Crépy	250
Capítulo XIII. Primera etapa del Concilio de Trento . .	253
¿Contrarreforma?	253
Bases doctrinales	254
Íñigo López de Loyola	255
Una coincidencia	257
Tiempo perdido o ganado	258
Comienza el Concilio	260
Hondas raíces: predestinación y justificación	262
Las nuevas estructuras de poder	263
Término de la primera etapa	265
Capítulo XIV. La hora de Mühlberg	267
Las dificultades insalvables	267
De nuevo en Worms	268
Primera guerra de religión	269
Razones enfrentadas	272
Horas duras en Ulm	275
Aquella mañana del 24 de abril	276
El Interim de Augsburgo	278
Capítulo XV. Razones profundas para una abdicación .	281
El peso de una victoria	281
Felipe viaja a Flandes	284
La función del imperio: una cuestión debatida	287
Un nuevo papa, Julio III	289
Segunda etapa	291
Comparecen los protestantes	292
Guerra	294
Febrero de 1552	296

Cambios radicales de actitud	298
Se endurece la contienda	300
La decisión final	302
La abdicación	305
Epílogo. El camino de Yuste	307
Largo y lento viaje.	307
Al fin Yuste	309
Horas finales.	311

Capítulo I

NEBULOSA NIÑEZ DEL GRAN EMPERADOR DE EUROPA

EL NACIMIENTO

El 24 de febrero de 1500 y en la ciudad de Gante, que era entonces una de las más importantes de Flandes, sirviendo valiosamente a ese comercio que, por medio del canal de la Mancha y del golfo de Vizcaya, intercambiaba los productos que venían del Báltico y del Mediterráneo, vio la luz un niño llamado a los más altos destinos, y al que pusieron por nombre Carlos, que pertenecía a uno de sus abuelos. La fecha nos permite entender que con frecuencia se haya hecho referencia a su persona como «hombre del siglo», ya que en cierto modo él ponía fin a aquella decimoquinta centuria en que el Humanismo cambiara el talante de Europa. Sus enemigos preferían llamarle despectivamente Carlos de Gante como si fuera uno más en el conjunto de príncipes que heredaban algunas reliquias del feudalismo. Vamos a intentar, guiándonos por investigaciones muy fructuosas, especialmente las de Manuel Fernández Álvarez y José María Jover, con quienes tuve el honor de compartir asiento en la Academia de la Historia, explicar la profunda significación que tienen estos treinta y nueve años de la Historia de Europa, que en nuestros días cobran especial relieve.

Carlos venía al mundo como fruto de un matrimonio que se contrajera por razones especialmente políticas, aunque desembocaría más tarde, por el enamoramiento de la esposa, en un enfrentamiento entre opciones políticas, la que imperaba en Flandes y la que Isabel la Católica había tratado de instaurar. Felipe de Borgoña y Juana de Trastámara se habían unido sir-

viendo la política de sus padres que necesitaban frenar la fuerte hegemonía que Francia había conseguido establecer. En aquel momento la monarquía española se había consolidado como Unión de Reinos, a la que pronto se sumaría Navarra y que respondía a las estructuras constitucionales que en el siglo xiv dibujara Pedro, a quien curiosamente se califica de «Ceremonioso». Todos los reinos, incluido Portugal, con cuyos reyes se mantenían estrechas relaciones de parentesco, formaban la «nación española» y así se reconocía en Europa.

Felipe y Juana tenían ya una hija, Leonor, cuya influencia tendremos ocasión de comprobar. Para los padres un varón era una especie de regalo de Dios, pues en sus territorios patrimoniales aún predominaba la ley sálica. En España las cosas eran diferentes: en Castilla las mujeres podían reinar, y en la Corona de Aragón transferir a sus esposos los derechos correspondientes. Circunstancias inesperadas cambiaron de este modo la suerte de aquel bebé que se agitaba en la cuna, pues el 20 de julio del mismo año de su nacimiento fallecía Miguel, hijo huérfano de madre y heredero de Portugal y de Castilla. Los Reyes Católicos enviaron órdenes a su embajador, Fuensalida, para que apresurara el viaje de los archiduques a España, en donde serían jurados en la forma conveniente. Fernando e Isabel contaban con que Carlos les acompañara en el viaje, pero se equivocaron. Felipe, que preparaba toda una maniobra para conseguir de su esposa una cesión completa de futuras posiciones, prefirió que el niño permaneciera en Bruselas donde sería educado como conde de Flandes.

LAS RAÍCES DE UN DRAMA

De acuerdo con las costumbres borgoñonas una cosa era la esposa y otra la amante. El príncipe mantenía relaciones conyugales con la primera, que estaba allí para darle hijos, pero el amor, en el sentido que precisamente ahora damos a esta palabra, se reservaba a otras damas que, por esta razón, recibían el calificativo de «amantes» que aún se conserva. Es importante señalar, como haremos a su debido tiempo, que en la vida de Carlos, donde no faltan las relaciones libres, hay un tiempo, el de su

matrimonio con Isabel de Portugal, en que las dos funciones convergían en la misma persona. Una lección que aprendió, tal vez, de las desdichas de su madre Juana a quien llamaron ya en vida «la Loca». Gregorio Marañón nos proporciona un análisis, desde el punto de vista médico, que hemos de tener en cuenta, pues explica algunas de las reacciones del futuro emperador. Juana se había enamorado profundamente de su marido, dejándose dominar por el deseo erótico. Pero Felipe la traicionó, utilizando además sus aventuras para doblegarla, de modo que, en la mente de la reina, amor y odio, obligados a convivir, acabaron provocando la enfermedad.

Carlos, en esa primera etapa de su vida, se vio privado del amor de sus progenitores. Su tía Margarita, que había perdido al amado marido Juan, príncipe de Asturias, había sufrido aborto, y se hallaba por esta causa de regreso en Flandes, asumió las funciones de una verdadera madre. Curiosamente había pedido que el niño se llamara precisamente Juan. Desde el verano de 1500 Juana era princesa de Asturias, y Felipe se hacía titular así. De acuerdo con los usos y costumbres españolas, Carlos había dado en pocas semanas un salto de gran magnitud; era el inmediato sucesor de su madre. En las instrucciones a Fuensalida, cursadas en agosto, quedaba esto bastante claro; las Cortes iban a prestar juramento. Convenía mucho no retrasar la ceremonia.

EL PESO DE UNA HERENCIA

Muchas cosas habían cambiado para el futuro de aquel niño que aún no estaba en condiciones de percibir las pero que le convertirían en el hombre más importante para el futuro de Europa, que estaba entonces tratando de reconstruirse. En el momento de su nacimiento, en Gante, que había ofrecido dinero para que en su suelo tuviera lugar, no se le señalaba de otro modo que el de futuro archiduque; por eso se le había impuesto el nombre de aquel, Carlos el Temerario, que hiciera de la suma de señoríos un gran dominio, equivalente de un reino. Sobre algunos de estos señoríos seguía pesando sin embargo el vasallaje debido al rey de Francia que Felipe seguía reconociendo. De ahí que la primera

lengua enseñada a este niño fuera precisamente la francesa; él la utilizó con más frecuencia que las otras que se viera obligado a aprender. El término archiduque se empleaba para demostrar que, aun permaneciendo dentro de los ámbitos de la alta nobleza, había llegado a situarse en una especie de cúspide. Los españoles, al referirse a estos territorios, usaban el término Flandes, sin comprender acaso que exageraban la nota. Tenían razón los que preferían Países Bajos, es decir Nederlanden, que es el que aún emplean los reyes de Holanda.

Uno de sus abuelos, al que iba a dar mayor relieve, era el emperador Maximiliano. Esto le convertía, a los ojos de los príncipes electores, en el más plausible candidato para el momento en que se produjera la vacante. El oficio de emperador no era hereditario sino electivo, pero se había establecido la costumbre de que los siete príncipes dotados de voto buscasen dentro de la dinastía, ahora de Habsburgo, la persona más conveniente para ejercerlo. Y de este modo llegaría el momento en que Carlos, venciendo las maniobras francesas, consiguiera ser reconocido como portador de tal condición.

El caso de España presentaba matices distintos. En 1500 las Coronas de Aragón y de Castilla se habían unido y Juana iba a ser reconocida como heredera en ambas, a menos que —algo impensable entonces— Fernando llegara a tener un hijo. Aunque Navarra y Portugal siguieran siendo reinos independientes, las vinculaciones jurídicas y dinásticas eran tan estrechas que podía garantizarse una cierta perspectiva de unidad. De hecho, Navarra se incorporaría a Castilla antes de que Carlos sucediera a su madre. Y las relaciones entre Castilla y Portugal eran tan estrechas que podía decirse que sus reyes formaban una sola dinastía. Isabel la Católica, hija de portuguesa, había usado esta lengua como la primera y en Lisboa habían reinado y seguían haciéndolo sus hijas. Carlos se casará con su prima Isabel, también lusitana, cuyo papel tendremos más adelante que destacar. Los derechos hereditarios sobre Aragón, que en aquel momento le estaban reconocidos, comprometían al futuro emperador en la gran política mediterránea. Lo comprobaremos posteriormente.

La fecha de 1500 nos aproxima a otro acontecimiento de dimensiones universales. Indudablemente Colón se había equi-

vocado cuando, al darles el nombre de Antillas, creyó que las islas por él descubiertas eran una antesala en el camino hacia China o Japón. Tenían razón los maestros de Salamanca; las dimensiones del globo eran mucho mayores y, en el camino, los barcos españoles habían tropezado con un muy amplio continente al que resultaba lógico calificar de Nuevo Mundo. Sobre todas estas tierras Castilla y Portugal podían ejercer una autoridad legítima, ya que las bulas pontificias se la reconocían. Pero ahora se planteaba la gran pregunta que los maestros del siglo XIV ya formularan en sus aulas universitarias: ¿esos indígenas semidesnudos, carentes de instrucción e incluso en ocasiones caníbales, eran seres humanos o no? El codicilo de Isabel la Católica iba a responder sí de forma contundente en 1504. Y esta afirmación Carlos la haría suya imponiendo condiciones decisivas en el gobierno de las Indias. Al mismo tiempo aparece un desafío al que Carlos intentará dar respuesta: abrir nuevos caminos que permitieran llegar a la meta que ya señalara Marco Polo.

LA REFORMA RELIGIOSA

Pongamos la mirada sobre ese mundo al que estaba llegando el joven Carlos y dentro del cual iba a ser sólidamente educado durante más de quince años. Yo aconsejaría al lector, en este punto, una visita a la catedral de Palencia para contemplar el cuadro titulado *La Iglesia y la Sinagoga*, que en 1429 pintó Juan van Eyck, que había viajado a Castilla en calidad de embajador del duque de Borgoña. En él se encuentran perfectamente reflejadas las ideas de entonces acerca de la unidad religiosa que había culminado prácticamente en toda Europa con la prohibición del judaísmo. Los judíos habían tenido que alejarse, pero quedaba tras de ellos una herencia que los numerosos e instruidos conversos mantenían acerca de los valores que residen en la persona humana.

En ellos se estaba fundamentando lo que Martin de Riquer recomienda llamar «espíritu de la caballería», que nos conduce hasta el hidalgo de la Mancha. Así fue educado precisamente el futuro emperador. Cobrar fama, arriesgando si es preciso la

vida, debe ser la tarea principal de la persona humana. Pocos pudieron alcanzar tanta fama como la que logró Carlos. Son dos las dimensiones que debemos tener en cuenta en ese espíritu de la caballería, y vamos a encontrarlas en cada una de las etapas de la vida de nuestro personaje: la nostalgia de una vida más bella («cualquier tiempo pasado fue mejor», lo había dicho Jorge Manrique) y el artificio de lo heroico haciendo que el honor de la hora presente se convierta en fama. No basta con ser valiente; es preciso conseguir que los demás así te vean. De eso se encargará especialmente Tiziano.

Apartado de sus padres, definitivamente en 1505, Carlos y sus hermanas Leonor e Isabel vivieron como auténticos súbditos flamencos bien cuidados por la tía Margarita. Juana y Felipe habían tenido otro hijo varón, pero este, nacido en España y designado con el significativo nombre de Fernando, no tuvo la oportunidad de conocer a su hermano hasta el momento en que este llegó a la Península para ser proclamado rey. A pesar de todo, las relaciones entre ambos fueron cordiales y las divergencias políticas que en ciertas ocasiones les afectaron nunca alteraron la buena relación familiar. Era lógico que en ciertos asuntos pensarán y obrarán de modo distinto pues nos estamos refiriendo a un tiempo difícil en que se cometían errores. También aciertos, como tendremos la ocasión de explicar.

Allí, en Bruselas, ciudad por la que sentiría siempre especial afecto, dominaban entonces los maestros católicos, que se movían dentro de ese sector de la reforma que se denominaba «*devotio moderna*». Basta con acudir a la *Imitatio Christi*, que nosotros llamamos el Kempis, para comprender sus líneas esenciales. Dos nombres son especialmente relevantes a este respecto, el de Adriano de Utrecht, que llegaría a ocupar el solio pontificio, y el de Desiderio Erasmo de Rotterdam, que serviría al propio emperador como uno de sus principales consejeros. La «*devotio*» era una de las tres dimensiones que, desde finales del siglo XIV, se estaban produciendo. Otra es la «*observantia*» italiana, que tiene raíces en Catalina de Siena, y la tercera es la que encabezan en España los jerónimos. No podemos olvidar que los últimos años de su vida iban a transcurrir en Yuste, comportándose como un verdadero jerónimo. Y antes la Sisle le daría la

oportunidad de soportar el terrible golpe que para él significaría la muerte de la emperatriz.

Otros detalles. Adriano de Utrecht sería regente en España durante la primera ausencia de Carlos rey. Y el *Manual del caballero cristiano*, escrito por Erasmo en 1506, fue uno de los libros impresos del que mayor número de ejemplares se vendieran en España. Cisneros había pretendido incorporar a Erasmo a su claustro de profesores en Alcalá de Henares, pero el famoso pensador, de orgullo desmedido, rechazó la oferta diciendo que no podría acomodarse al clima de España. Conviene tener en cuenta estos datos. Cuando Carlos llega a España no se encuentra con un ambiente religioso distinto de aquel en que se había formado. Todo lo contrario: Muchos erasmistas eran precisamente españoles.

VOLUNTARISMO Y RACIONALISMO

A la hora de formular su gran programa político, Carlos iba a encontrarse en medio de un enfrentamiento doctrinal cuyos orígenes tenemos que remontar hasta 1328 cuando Guillermo de Ockham, extremando las enseñanzas de Duns Scoto, llegó a afirmar que el ser humano no es otra cosa que un individuo que se afirma por medio de su voluntad. En consecuencia definía la Iglesia como una suma de fieles y no como un Cuerpo Místico, negando al papa cualquier clase de infabilidad. De este modo se apartaba radicalmente de las raíces tomistas que afirman que ese ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, es persona que ha sido dotada de esas dos condiciones esenciales que son el libre albedrío y la capacidad racional para un conocimiento especulativo que atribuye a las Ideas realidad y no las convierte simplemente en nombres. Un grupo de maestros, agrupados en torno a Marsilio de Padua, lanzó entonces la doctrina de que al emperador le correspondía la plena superioridad autoritaria, pues él es el *Defensor Pacis*. Algunos de los consejeros de Carlos V, como Guillermo de Croys o Mercurino de Gattinara, se mostrarán influidos por estas corrientes aunque sin apartarse de la obediencia al papa.

La batalla entre nominalistas y realistas en torno a las ideas

y a la naturaleza humana se hizo más grave al estallar el Cisma de Occidente. La existencia de dos sedicentes papas ponía sobre la mesa esa gran cuestión. Y la Universidad de París expulsó de sus aulas a los nominalistas; estos acudieron entonces a Urbano VI, el cual les otorgó una bula que permitía establecer una nueva universidad. Escogieron para ello la ciudad de Wittenberg. En esta universidad, controlada por los agustinos, estaba ya enseñando por estos años Martín Lutero, que rechazaba de modo radical el pontificado, afirmaba que el pecado original privaba al ser humano del libre arbitrio y calificaba nada menos que de «prostituta» a la simple razón humana. Cisneros, en Alcalá, había intentado alcanzar un acuerdo entre tomistas y scotistas, ya que en ambas escuelas se encuentran argumentos útiles, pero al final la ruptura propiciaría que las demás universidades españolas se inclinases decididamente en favor del tomismo. Y Carlos también.

Varias veces encontramos en los documentos del emperador la afirmación de que la libertad es un deber —hay que guiar correctamente a la voluntad en su camino— y no una simple dimensión de independencia como ahora se sostiene. Hacer lo que es justo y no conformarse simplemente con lo que no está prohibido. En medio de errores innegables, Carlos V trató de moverse en esta línea; el entendimiento con Lutero era sencillamente imposible aunque él no dejaría de intentarlo. Es significativa la coincidencia de fechas: el famoso reformista alemán lanza la bomba al colocar sus noventa y cinco tesis en la puerta de la capilla de Wittenberg un día de noviembre de 1517 cuando Carlos estaba haciendo sus primeras y difíciles gestiones en España.

ERASMISMO

Carlos estaba siendo educado dentro de las corrientes de la *devotio moderna* que es, como ya indicamos, una de las corrientes de la reforma católica. De ahí que la decisión finalmente tomada en Worms no pueda calificarse de meramente política: en las tesis de Lutero veía, como también lo había hecho Erasmo, un peligro radical, pues destruía las dos bases fundamentales sobre las que se apoya esa cultura que podemos calificar de europeí-

dad, la razón y los ejercicios meritorios y trascendentes del espíritu. Políticamente prefería que Lutero se aviniera a negociar admitiendo la autoridad suprema de la Iglesia con las necesarias correcciones y aclaraciones, pero en esto fracasó y, al final, hubo de recurrir a las armas acudiendo a Mühlberg, que permanece en la memoria gracias a ese magnífico y falso cuadro de Tiziano. Aquel gallardo emperador, erguido sobre el caballo, era en realidad un enfermo al que los frecuentes ataques de gota impedían incluso cumplir sus funciones.

También, aunque con cierto retraso, pudo llevar estos principios a América, continuando la tarea que su abuela Isabel dejara encomendada. El Nuevo Mundo, poblado por algunos millones —no tantos como los críticos dicen— de seres humanos no estaba allí para ser simplemente descubierto y explotado: era el asiento de almas que había que salvar. Al término de su reinado el éxito resultaba indudable: se habían invertido los índices demográficos y el número de indios volvía a crecer, aunque lo importante era el mestizaje. Aunque otras cosas se digan, es mucho lo que América debe a Carlos. Para comprender bien lo que históricamente significa este proceso tenemos que detenernos en los seis puntos fundamentales que caracterizan al erasmismo.

1. La Iglesia estaba necesitada de una reforma renovadora. Pero esta no se refería a un cambio en las estructuras jerárquicas, como los nominalistas y los políticos propugnaban, sino a una conversión interior haciendo del cristiano o del bautizado un «hombre nuevo» que descubre en sus «moradas» íntimas —un término que usara también santa Teresa— esa semejanza con la naturaleza divina que le permite trascenderse.
2. El modelo para este hombre nuevo era descrito por Erasmo como el «caballero cristiano». La nobleza tenía que dejar de ser un simple rango social con bienes materiales, alejándose del dinero, para ejercitar esas virtudes humanas que completan y ayudan en el ejercicio espiritual que produce méritos.
3. La persona humana necesita ser despojada ante todo de aquellas devociones inútiles e inventadas que a veces parecen incluso un remedo de la superstición, e impiden alcanzar la esencia del cristianismo, la «imitación» que recomendaba

Kempis. Esto no significaba iconoclastia ni abandono del culto a los santos; al contrario, se trata de hacer de unos y otros modelos que se presentan como guías para la conversión, retorno al camino. Hasta el mismo momento de su muerte Erasmo haría referencia a su especial devoción hacia santa Ana, madre de la Virgen porque ella le marcaba el cauce de la obediencia a la Voluntad de Dios.

4. La perfección no necesita de formas concretas ni de especulaciones sutiles. Como Kempis y finalmente Teresa de Jesús afirmaban, basta el amor. Y esto es, precisamente, lo que negaría Lutero al presentarse ante el emperador. Los grandes místicos de la reforma española iban a encontrar de este modo apoyo en Carlos V y en su hijo Felipe. Pero esta doctrina, expuesta en términos rigurosos por los erasmistas, fue precisamente la que despertó recelo en amplios sectores rigoristas del clero que acabarían declarando al erasmismo como una doctrina peligrosa. Mientras reinó Carlos V tales acusaciones serían absolutamente rechazadas. Pero al final lograrían que, al menos de manera pública, se prescindiese de Erasmo.
5. Es indudable que la naturaleza humana se encuentra dañada como consecuencia del pecado original. Esta afirmación era una de las bases esenciales del agustinismo. Pero este daño no afecta a la sustancialidad de la naturaleza humana como afirmaban los maestros de Wittenberg y, con ellos, Lutero, sino únicamente a las formas que reviste la conducta y que pueden ser corregidas. La prueba está en que la persona es capaz de practicar el bien aun en las circunstancias más difíciles. Cuando Carlos tuvo noticia del martirio de Tomas Moro, amigo y discípulo de Erasmo, hizo un comentario que no debe ser olvidado: preferiría perder varios reinos antes que una persona con tal nitidez en la conducta.
6. La perfección no es patrimonio exclusivo de clérigos y monjes; todos los seres humanos se encuentran en condiciones de alcanzarla o apartarse de ella. Eran palabras que molestaban profundamente a quienes entonces se hallaban insertados en la jerarquía de la Iglesia. Pero Erasmo, y Carlos también con él, aun considerándose pecadores, veían con escándalo la conducta torcida que seguían muchos de los miembros de

esta jerarquía. Hasta los papas contaban con descendientes ilegítimos que procuraban dotar con beneficios. En su breve pontificado, Adriano de Utrecht, durante su breve estancia en el pontificado, pondría en marcha un proyecto de reforma y rectificación. De ahí partía una propuesta innovadora: la fuerte europeidad que Carlos trataba de crear sobre las bases de la antigua *Universitas christiana*. Al final Carlos tendría que reconocer parte de su fracaso, lo que le obligó a abdicar.

En 1516, cuando la muerte de Fernando el Católico obligaba a su nieto a tomar el camino, Erasmo escribió para él un libro, *Institutio principis christiani*, que era una especie de programa para esa gran política que le estaba precisamente recomendando. Debemos tener muy especialmente en cuenta esta reflexión sobre la vida y obra del emperador que intentaremos averiguar en los próximos capítulos. Abandonando las especulaciones en que las diversas escuelas teológicas estaban incurriendo, recomendaba volver directamente a la Escritura y a lo que la Iglesia cristiana significara en el momento en que vino a tomar el relevo de la romanidad. De este modo debía proceder el gran poder que con España, Flandes, Italia y sin duda también el Imperio alemán, se estaba modelando. Los humanistas consideraban indispensable para la educación el conocimiento de los clásicos. Pero lo fundamental era inculcar en la sociedad esos profundos valores que proceden del cristianismo: «El fin es único, Cristo y su santa doctrina; no hay profesión que este excluya de este fin».

Los hermanos Valdés, consejeros muy valiosos del emperador, sufrieron percances al ser acusados de erasmismo. Pero lo mismo podría haberse dicho del propio emperador. Las cosas cambiarían después de 1555.

DERECHOS QUE RECAEN EN UN NIÑO

Hasta el 20 de julio de 1500, en que murió en Granada aquel príncipe Miguel en quien recaían los derechos hereditarios sobre Portugal, Castilla y la Corona de Aragón, Carlos era simplemente el sucesor previsto de la Casa de Borgoña. Aunque Manuel

de Portugal volvió a casarse con la hija menor de los Reyes Católicos, ningún derecho podía reclamar a menos que se produjeran inesperadas defunciones. Juana, madre de Carlos, pasaba a ser princesa de Asturias y heredera del trono. De acuerdo con las leyes castellanas, ella podría poner sobre sus sienes la corona. Pero en los otros reinos que formaban el Casal d'Aragó, únicamente le correspondía transmitir los derechos a Carlos que era nieto primogénito de Fernando. Si no se producían sucesos inesperados, el niño nacido en Gante y que aún no había cumplido un año, estaba llamado a asumir, un día, aquellas grandes funciones que afectaban al dominio del Atlántico y del Mediterráneo.

Lógicamente Fernando e Isabel pusieron mucho interés en que Juana y su marido viajaran prestamente a España, a fin de hacer reconocimiento correcto ante las Cortes de todos estos derechos. Y querían también que con ellos viniera el niño Carlos, que debía localizar su residencia en España para ser educado en sus usos y costumbres. Esto se había hecho precisamente con Miguel. Tal era la misión que se encomendara al embajador Gutiérrez Gómez de Fuensalida que desde el 2 de agosto del mencionado año había llegado a Bruselas. Conocía bien las especiales circunstancias de la Corte borgoñona. Felipe no se conformaba con ser príncipe consorte y estaba ejerciendo presiones, a veces de muy bajo tono, para conseguir que su esposa firmara un documento cediéndole todos los derechos que a ella pudieran corresponder. A fin de cuentas era el varón y no la mujer quien debía reinar. Por consiguiente tampoco estaba dispuesto a consentir que Carlos viajara a España para ser educado como príncipe.

Fuensalida descubrió el plan del archiduque, que aprovechaba el enamoramiento de Juana para mantener las relaciones conyugales y lograr nuevos hijos, al mismo tiempo que la humillaba haciendo alarde de sus amantes. Para obligar a los monarcas españoles a modificar los usos y otorgarle documentalmente los derechos que para sí reclamaba, era muy conveniente establecer una fuerte alianza con Luis XII de Francia, el peor y más fuerte enemigo de los reyes españoles. Ya aquí entraba Carlos, concertándose el matrimonio con una hija del monarca francés, Claudia. Aunque para que este compromiso se hiciera realidad, hijo y padre, en calidad de titulares de Flandes, se convertían en vasallos

de Francia. Era la misma maniobra que ejecutarán los Albret para mantenerse como reyes en Navarra aunque se consideraban con preferencia miembros de la más alta nobleza del vecino reino.

Fuensalida pudo informar a sus señores, aunque procuraba guardar las formas. Alegando el embarazo de Juana, Felipe había decidido retrasar el viaje hasta que el tratado de alianza con Francia estuviera firmado, y dispondría que Carlos permaneciese en Bruselas educándose como príncipe francés. Una sorpresa que proporcionaría en 1516 a sus súbditos españoles: no hablaba ninguna de las lenguas peninsulares. Desde luego tampoco Felipe el Hermoso estaba dispuesto a aprender el castellano. Cuando Fuensalida le hizo entrega de la carta de Isabel y Fernando fechada el 10 de octubre ordenó a sus secretarios que se la tradujesen al latín pues era la lengua apropiada y no la baratija de un país poco significativo. Sabía muy bien que todo estaba preparado para el juramento de Juana, siendo él reconocido como príncipe consorte.

A Juana le presentó un documento en blanco para que lo firmara, amenazándola con represalias. Sus consejeros redactarían luego el contenido, en el que ella no debía entrar. Pero Juana, que padecía ya algunos desarreglos mentales, se negó en redondo; ella era la legítima futura reina como lo fuera su madre. De sus manos la corona pasaría luego a Carlos y a nadie más. Los consejeros flamencos informaron a Fuensalida: había que esperar a que concluyese el nuevo embarazo; pero también le informaron de que se estaba negociando con Francia. Era un momento en que también los reinos españoles se hallaban en suspensión de operaciones.

PRIMER COMPROMISO MATRIMONIAL

Un niño de pocos meses se estaba convirtiendo ya en piedra angular en los enfrentamientos políticos de esa Europa afectada también por un problema religioso que iba perfilándose en términos igualmente rigurosos. Felipe consiguió de su esposa la firma de un confuso documento para las negociaciones con Francia que, según pudo explicar, coincidían con lo que Fernando e Isabel estaban haciendo en busca de una paz. De este

modo los dos embajadores de Felipe, Filiberto de Vere y el obispo de Besançon, al tiempo que justificaban la demora en el viaje por el nuevo embarazo, explicaron a los Reyes Católicos que los archiduques estaban de acuerdo en esta negociación, que prácticamente venía a coincidir con los documentos que españoles y franceses firmaran en Chambord y Granada. Los embajadores salieron de Bruselas el 30 de noviembre. Guardaron absoluto silencio en torno al tema capital de la educación del príncipe. Iba a tener lugar en Flandes con las dimensiones de un príncipe francés. Fue una fortuna para él la presencia de su tía Margarita, que seguía conservando el recuerdo de aquel breve tiempo que fuera princesa de Asturias.

Fernando e Isabel se encontraban ahora contra la pared. No podían rechazar la voluntad de los padres respecto al matrimonio de los hijos —así habían procedido ellos— ni tampoco poner en peligro las relaciones con Francia en el momento en que parecía alcanzada una verdadera paz. Dieron instrucciones a Miguel Juan Gralla para que colaborara con los embajadores del archiduque, pues de este modo podían estar directamente informados del contenido de los acuerdos a que se llegaba. Las condiciones de un posible matrimonio de Carlos afectaban al estatus sucesorio en los reinos españoles. Tenemos que repetir muchos aspectos de estos años primeros porque anunciaban cambios posteriores.

Juana, cada vez más afectada por las libertades eróticas que se tomaba su marido, aunque ignoraba que sus rabietas eran ya consideradas como síntomas de locura en la Corte de Bruselas, tuvo una conversación confidencial con Fuensalida. Le explicó que su marido le había vuelto a presentar a la firma un papel en blanco relacionado con las negociaciones con Francia, y que ella se había negado en redondo; no suscribiría ningún documento que no fuese previamente aprobado por su madre, la reina. En la respuesta despectiva que siguió, Felipe dijo que él era el marido y el padre y no necesitaba permisos de nadie para hacer con aquel hijo lo que le pareciera conveniente. Isabel y Fernando estaban, pues, bien informados acerca de los planes de su yerno. ¿Había posibilidades de rectificación? El tiempo lo diría. El embajador, consciente de que se estaba jugando peligrosamente con el futuro de aquella monarquía española re-

cientemente alcanzada, acudió ante el archiduque y, puesto en pie, le dijo: «He tolerado esto hasta ahora, de no decir el desagrado que tengo del poco amor que mostráis al rey y a la reina, mis señores, y a sus cosas, creyendo que poco a poco lo iríais enmendando y nunca he escrito a Sus Altezas lo que de razón les debía haber escrito. Mas de hoy en adelante sepa Vuestra Alteza que no les dejaré de escribir la verdad». Se trataba de una amenaza que Felipe trató de frenar con buenas palabras.

Ahora entraba en juego otro personaje, don Juan Manuel, señor de Belmonte, a quien encontraremos mas tarde estrechamente ligado al servicio de Carlos V. Era miembro de una de las familias que ejerciera protagonismo en la guerra de Sucesión, a la que los reyes otorgaran generosa reconciliación sin tener en cuenta acaso ocultos resentimientos que sobrevivieron a la guerra civil. Había sido integrado en el séquito de Juana. Sugirió a Felipe un procedimiento para cambiar las cosas: atraerse al marqués de Villena y volver a poner en pie aquel partido nobiliario que en 1475 fuera vencido. Una idea que el archiduque aceptó y que establecía un principio: privar a Fernando del poder cuando llegara a producirse la muerte de Isabel, cuyo estado de salud se estaba tornando delicado.

El 15 de julio de 1501 Juana dio a luz una hija a la que llamó Isabel. El nacimiento había tenido lugar en Bruselas porque esta ciudad se había comprometido en los gastos del viaje que Felipe quería rodear de brillo y significación política. Por estos días llegaban noticias de que cumpliendo los pactos firmados, españoles y franceses se habían repartido Nápoles sin gran resistencia. No era el fin de una rivalidad sino más bien lo contrario. Luis XII contaba con una superioridad de recursos que parecía garantizarle la victoria. Felipe comprendió que no le convenía retrasar más el viaje: había que obtener juramento de las Cortes garantizando también los derechos de Carlos que, sin embargo, no comparecería ante ellas según la costumbre. El viaje sería por tierra dejando además claras las relaciones con Francia.

Estaban los monarcas españoles en Valladolid, preparando el programa, cuando le llegó una carta de Fuensalida fechada el 15 de noviembre en la que se les comunicaba que Felipe había aceptado la invitación de Luis XII y viajaría como su huésped;

también que Carlos permanecería en Flandes al cuidado de su tía Margarita. Estas dos decisiones significaban, en opinión de Fernando, un cambio radical en la disciplina: los príncipes herederos iban prácticamente a someterse al vasallaje de Francia. Y Carlos no sería español sino extranjero. Sin embargo era ya muy poco lo que podía hacer; usos y costumbres deben ser cumplidos.

De hecho, Felipe y Juana fueron hospedados durante unos días, con los honores debidos a un príncipe vasallo, en el Castillo de Blois. Naturalmente se habló del matrimonio propuesto entre Carlos y Claudia y el archiduque hizo todos los gestos de un vasallo de Francia por ser conde de Flandes. En la noche del 25 de diciembre se celebró la misa de Navidad. Según la costumbre francesa se le presentó una bandeja de plata con monedas para que el buen vasallo, tomando un puñado, pudiera hacer la oferta en nombre del rey. Felipe así lo hizo. Pero Juana rechazó a los criados que se la mostraban; ella era la heredera de Castilla y no vasalla de nadie. Continuaron el viaje. Y entonces los reyes de Navarra, Juan de Albret y Catalina de Foix, salieron a su encuentro y les invitaron a detenerse en Dax (enero de 1502). Allí hablaron de un posible matrimonio entre su hijo Andrés y alguna de las hijas de los archiduces.

Para Fernando, titular de la Corona de Aragón y preocupado ya muy seriamente por la salud de su esposa, aquellas noticias eran motivo de alarma. Entregar sus reinos a la Casa de Borgoña parecía significar un sometimiento completo a la hegemonía de Francia. Era casi un acto de traición. Y aquel niño, llamado a suceder, que ahora cumpliría dos años, iba a ser educado dentro de unas costumbres que le convertían en verdadero vasallo. Solo quedaba Juana y con ella la esperanza en una ayuda de Dios. Isabel no estaba dispuesta, en modo alguno, a modificar la legitimidad que, siendo mujer, le correspondía. Y ella, además, rechazaba absolutamente los gestos de su marido.

EL PASO POR LAS CORTES

Desde enero de 1502 los príncipes pisaban suelo español. Fernando tuvo que guardar silencio en relación con la ausencia de

Carlos; correspondía a los padres fijar el lugar de educación de los hijos. Aunque estaba informado plenamente del compromiso con Francia y también de los contactos con la nobleza disidente castellana, el monarca tomó la decisión de ofrecer a Felipe la mayor cordialidad posible. Para conservar la Unión de Reinos era necesario que Juana y su hijo fuesen jurados por las Cortes de todos ellos. Pasando por Llerena los reyes firmaron la convocatoria de las Cortes que se reunirían en Toledo el 15 de abril.

Hubo un retraso porque Felipe se vio aquejado por una enfermedad, que le obligó a detenerse en el camino, de modo que no pudo hacer su entrada en Toledo hasta el 7 de mayo. Un detalle muy significativo es que aceptara alojarse en el palacio del marqués de Villena y no en el alcázar como correspondía a la familia real. Fernando tuvo con él un gesto de cordialidad: no quiso que le besara las manos y en cambio le dio un abrazo afectivo. Todo inútil; los consejeros borgoñones estaban ya negociando con la alta nobleza del bando vencido y presionaban al archiduque para que se mantuviera en estrecha alianza con Francia, que parecía a punto de volver a la guerra. El 22 de mayo los procuradores castellanos juraron a Juana como legítima heredera, mencionaron el nombre de Felipe como su consorte, y situaron después de la futura reina, el nombre de Carlos como su sucesor. Se habían cumplido, en esencia, los propósitos de Fernando e Isabel.

Más difíciles eran las circunstancias en la Corona de Aragón. Cada reino debía celebrar Cortes por separado. Se habían convocado ya las de Zaragoza, que estaban informadas de que se acercaba una nueva guerra con Francia, pero los procuradores advirtieron que no estaban dispuestos a votar ninguna clase de ayuda extraordinaria. Los borgoñones tomaron buena nota: parecía indudable la necesidad de mantener las buenas relaciones con Francia y, por consiguiente, recomendaban avanzar en el compromiso matrimonial de Carlos con Claudia. Un buen modo de obligar a Fernando a plegarse a la política del archiduque. De acuerdo con los usos y costumbres de aquel reino, las Cortes de Zaragoza se mostraron dispuestas a reconocer a Juana y Felipe como príncipes, pudiendo ejercer la tutoría de Carlos si se producía la circunstancia de que ascendiese al trono antes

de alcanzar la mayoría de edad. Pero se hacía una clara advertencia: si Fernando llegara a engendrar un hijo varón, este y no Carlos sería reconocido como rey. En ambos reinos, aunque fuesen diversos los argumentos, los derechos hereditarios del niño ausente se rodeaban de nebulosas.

Se hizo público que Juana esperaba un hijo, cuarto en aquella tormentosa relación conyugal que no se interrumpía. A Zaragoza, mientras se negociaba con los procuradores, llegaron los correos con dos noticias: la guerra con Francia en Nápoles había vuelto a estallar y parecía imposible evitar que la poderosa caballería de Luis XII lograra la victoria. Mucho peores eran las noticias que los correos traían de Madrid: la reina Isabel había tenido que detenerse en esta ciudad porque había enfermado seriamente; los médicos no descartaban la posibilidad de que la reina falleciese en un plazo muy corto. Contaba entonces cincuenta y un años de edad, pero había sufrido mucho.

Fernando escribió personalmente una carta en que mostraba a su esposa su amor y su preocupación; es la única autógrafa que de él se conserva y pertenece a los tesoros ocultos de la Academia de la Historia donde Carmen Manso la descubrió. Encargó a sus hijos que asumieran la presidencia de las Cortes y tomó un caballo para reunirse lo antes posible con su esposa. Unos días más tarde Felipe tomó el mismo camino: si la reina moría él debía estar presente asumiendo los derechos de su esposa. Pero entonces Juana abandonó las Cortes para correr al lado de su marido. Estupor absoluto en los procuradores que se sentían abandonados. Pero también consecuencias inesperadas para el niño Carlos, cuyos derechos en aquellos reinos pasaban a ser meramente un recuerdo.

LOS ACUERDOS DE LYON

Isabel se recuperó de este primer ataque en la salud, pero quienes la rodeaban se sentían dominar por la inquietud; no era mucho el tiempo de vida que le quedaba por delante. Había que aclarar derechos y funciones de Carlos, que solo tenía la abierta afirmación de las Cortes castellanas. En diciembre de 1502 llegaba otra

noticia: Manuel de Benavides, que comandara las tropas enviadas a Calabria, había sido derrotado y muerto por los franceses en Seminara, nombre que significaba un mal recuerdo. Ahora Felipe y el partido de nobles que se estaba dibujando podían presumir de que ellos tenían razón: la política que a Castilla convenía era el entendimiento con Francia, como en los viejos tiempos y, desde luego, el matrimonio de Carlos y Claudia era el más deseable de los lazos de unión. No sabemos cuáles fueran los sentimientos de este niño que iba a cumplir tres años y no se separaba de su tía.

La documentación conservada nos hace ver que también Fernando se dejó ganar por el pesimismo. Escribe: «Si el rey de Francia aquel reino (Nápoles) ganase, lo que Dios no quiera, sería entero señor de toda Italia con Francia». Y naturalmente Roma quedaría también bajo ese dominio. Así lo entendió César Borgia, hijo del papa, que renunció al capelo para pasar a estado laico, recibir de Luis XII el ducado de Valentinois y contraer matrimonio con una de las damas de la familia real navarra. Claras las cosas, Felipe se creyó en condiciones de asumir el protagonismo. Aceptó la propuesta de que Juana permaneciese en España hasta el nacimiento de su nuevo hijo, y él emprendió el regreso a Flandes por el camino de Francia a fin de negociar, diciendo que lo hacía en nombre del rey. A su lado se hallaba fray Bernardo Boyl que, escondidos en su hábito llevaba bien guardados los documentos que permitían firmar acuerdos.

Fernando había vuelto a Zaragoza y desde allí continuó a Barcelona tratando de enmendar la plana de los errores cometidos, pues no dudaba de su obligación de defender los posibles derechos de sus nietos. Había en estos planes un detalle en el que no parece haberse puesto suficiente atención: el alejamiento de su marido iba a provocar fuertes tensiones en Juana, que llegó a creer que se pretendía separarlos. En Flandes esperaban a Felipe sus amantes y en el camino podría disponer el destino de Carlos sin interferencias. Don Juan Manuel y el clan de los Pacheco le habían explicado que en Castilla se podía consolidar el partido antifernandino. Antes de cruzar la frontera por Perpignan se había incorporado a su séquito fray Bernardo Boyl.

El 22 de marzo de 1503 la comitiva entró en Lyon; los procuradores borgoñones y franceses ya tenían acordados todos los

puntos y solo faltaba redactar el documento que convertiría oficialmente a Carlos en novio de Claudia, entrando de este modo en la victoriosa dinastía francesa. Como dote la novia llevaría el reino de Nápoles, pero hasta el momento en que la boda se celebrase Luis XII gobernaría la parte septentrional del mismo, y Felipe, en nombre de Carlos, la meridional. Cuando fray Bernardo leyó el borrador no comprendió que con eso se expulsaba de Nápoles al rey de Aragón; sacó de la faltriquera los poderes que se le entregaran y así el 5 de abril Luis y Felipe, como buenos amigos y parientes, pudieron poner la firma. Cuando un ejemplar del tratado llegó a manos del rey comentó únicamente que los aragoneses habían sido despojados.

Triunfantes, el archiduque y su séquito siguieron la marcha hacia Flandes; se había dado el primer paso hacia la meta perseguida. No podían imaginar los cambios que iban a producirse. El 21 de abril tuvo lugar la tercera batalla de Seminara pero esta vez vencieron los españoles. Gonzalo de Córdoba, a quien los italianos llamaban ya el Gran Capitán, envió a España un correo: «Vuestras altezas habrán entera victoria y más presto de lo que alla se cree ni de aca se escribe». En efecto, el 28 de abril los franceses eran barridos en Ceriñola y el duque de Nemours se contaba entre los caídos. Ahora el tratado de Lyon cambiaba las tornas y los franceses podían incluso sospechar que se les hubiera engañado.

Un cambio radical se había producido: Nápoles y Sicilia se unían en manos del soberano aragonés que invocaba para sí la herencia de Federico II dominador del Mediterráneo. En la larga lista de títulos, Fernando podía incluir el de rey de Jerusalén y en condición de tal había conseguido negociar con el Soldán de Babilonia del Nilo (Egipto) un acuerdo que le convertía en protector de los cristianos de Tierra Santa, condición que la monarquía católica conservaría hasta 1931. Todo ello entraba en la posible herencia de Carlos. También había cambiado el ritmo de las batallas. Gonzalo, en Ceriñola y después en el Garellano, había demostrado que la infantería, apoyada por armas de fuego, podía derrotar a la hasta entonces invencible caballería. A este modelo se conformarán los ejércitos posteriores del emperador.